



SOMEWHERE...

FREDY ORLANDO SALAMANCA GONZÁLEZ
Fredyo.salamanca@gmail.com

Received: April 10th 2012
Accepted: September 18th 2012

Es difícil respirar, el aire pesa, es húmedo, el sol brilla y un ligero vapor sale del pavimento. Suena el timbre, todos corren de un lado a otro a buscar sus morrales para ir a casa. Se abre la puerta del edificio, el calor externo invade todo el cuerpo, se camina en medio de un lugar diferente, hay densos árboles en las calles, las ardillas deambulan por cualquier lugar, los autos avanzan lentamente por las anchas vías y esperan la inesperada aparición de un peatón para detenerse suavemente y cederle el paso, la fila de casas triangulares se extienden a lado y lado de la calle.

Las pisadas son cortas, tímidas, desatinadas y los ojos buscan un destino al cual aferrarse, de pronto una voz dice: "Ahí están". Una desconocida y delgada rubia está recargada en un automóvil gris, descruza sus brazos y los abre para dar la bienvenida al extranjero. La hija baja del auto e imita uno a uno los movimientos de su madre. Suben, se enciende el motor y avanzan lentamente, la mirada vaga por todos lados, no se puede perder el más mínimo detalle, una mujer vestida con sudadera negra luce una diadema roja en su cabello, trota estáticamente esperando el cambio del semáforo, lleva a su perro sujeto por un collar que se estira y se encoge como un chicle; un anciano aguarda sentado con sus manos en los bolsillos de su pantalón la llegada del autobús; un sujeto se cerciora de que su casco esté bien ajustado antes de seguir pedaleando, todo luce limpio y ordenado; en un campo de golf un cuarteto de hombres sonrían ante la elevación de la pelota; un largo puente se extiende sobre un caudaloso río y al final muestra una "Y", la conductora toma la vía de la derecha. Unas cuantas curvas después, el vecindario cambia, hay casas

* The tale entitled "Somewhere" was written by myself, it is an original product and it has not been sent to any other editorial, magazine or newspaper.

muy grandes, lucen como verdaderas mansiones, cada una está escoltada por un bosque; hay conejos, venados y está lleno de ardillas. *“Really, deer?” “Yes, may be you will see them later”*.

Dentro de la casa, las ventanas miran hacia el sol, la sala es amplia, la cocina permanece limpia, sobre uno de sus mesones hay un tazón lleno de chocolates que nunca se terminan, la escalera que se dirige hacia el segundo piso serpentea alrededor de una columna blanca al lado derecho de la puerta principal, en los muros hay cuadros firmados por los más jóvenes de la familia, al fondo de la sala principal hay dos habitaciones, en la de la izquierda hay una batería, un piano, un saxofón y una guitarra, en una esquina, sobre una mesita reposa un equipo de sonido con muchos discos de Jazz, Country, Blues y Rock de los años 70; en la otra habitación un escritorio ocupa el centro, hay gabinetes llenos de libros de economía, administración, negocios, también, hay fotos de los integrantes de la familia cuando aún no nacía el menor de todos. *“Fredy, your bedroom is down stairs, this way”* La rubia, su hija y el recién llegado bajan las escaleras, en la nueva habitación, se abren las maletas, se extiende la ropa arrugada y el recién llegado exhala un: *“So... now what?”* Una vez solo, en el cuarto se olvida del equipaje, regresa hasta la cocina y empieza una conversación acerca de cualquier cosa: la casa, el paisaje, el calor, el vuelo, etc.

El pequeñín de diez años, por sugerencia de su madre, muestra con un poco de timidez los video juegos que tiene, mientras que él y el extraño juegan, en la planta superior, las suaves notas de un saxofón son interpretadas por el hijo de quince años: *“that’s my brother, he is practicing for his music class”*. *“No way, Is that him? He is very good”*. Y continúa el sonido de los botones presionados por los pulgares. Después de un rato resuena el zapateo de varias personas en el piso superior, en fila india van llegando: la hija, su mamá, su hermano y en último lugar el dueño de casa; el señor saluda cortésmente y da la bienvenida con voz fuerte, tono decidido y mirando de medio lado. Luego de los intercambios de palabras, y antes de que el silencio se apodere de la escena, la anfitriona invita a pasar a la mesa: *“Dinner is ready...I hope you like it”*.

Hay muchos tazones con diferentes cosas: verduras, carne, pan, salsas de color extraño, también hay vasos llenos de agua y tres copas vacías: *“would you like a glass of wine?” “No thanks I’m fine.” “Ok, you start.”* ¿Empezar qué? Todos esperan, la señora pasa el tazón que contiene el pan: *“Take one and pass it.”* Los comensales permanecen en silencio, cuando el trozo de pan toca el plato del recién llegado empieza la conversación: *“where are you from? Where is that? How long are you staying? What do you do? Is this your first time in the States?”*

A la mañana siguiente empieza la rutina: despertar a las seis y treinta, caminar sobre la gruesa alfombra hacia el baño, desperezarse con un chorro de agua caliente, salir al trabajo a las siete y treinta, llegar a casa después de las tres de la tarde y esperar a que el sol se oculte para ir a dormir. En las tardes, cuando el sol cae de medio lado sobre la

vivienda los muchachos juegan fútbol en el jardín, la señora poda sus plantas o se va a caminar. La calle del vecindario zigzaguea de un lado a otro y las casas están un poco retiradas una de la otra. Durante una de las caminatas con el foráneo, la señora recuerda los nombres, la profesión y la procedencia de cada uno de sus vecinos, al parecer, todos provienen de un pasado exitoso; personas que ahora trabajan viajando por todo el país, cerrando negocios y expandiendo cada uno su empresa. El aire húmedo ahoga los pulmones, unas pequeñas gotas de sudor se muestran en las frentes de los que avanzan sobre la serpiente azabache, el regreso se hace cuesta arriba, despacio, inhalando profundamente y hablando de la vida que el recién llevaba días antes.

Cada fin de semana hay una invitación a un partido de fútbol o a una reunión, algunas veces los amigos del menor de la casa llegan, corren de un lado a otro, esculcan entre los videojuegos, ven una película, gritan, comen sandwiches y se divierten hasta que caen extenuados sobre el sofá. El hermano mayor juega interminables partidos de fútbol en los que casi siempre termina frustrado y adolorido, la hija se la pasa hurgando entre la alacena para hornear tortas, pasteles, galletas, rollos de canela y pan, comida que acompaña de vez en cuando la cena o que desaparece mientras que los niños inundan la casa. En aquel lugar, el nuevo inquilino se dispone a convivir con esta familia durante un mes.

El calor que recibió al extranjero unas semanas atrás se apacigua. Las hojas de los árboles se mecen suavemente con el impalpable viento, el sol se esconde más temprano y las mañanas son más frías. Los árboles empiezan a desnudarse, las calles están inundadas por una colcha de color marrón, las pocas hojas que aún quedan colgadas en las ramas revelan colores como el rojo, el amarillo y el azul; el espectáculo de tintes naturales llena la vista, los transeúntes con cada pisada hacen crujir una y mil veces los esqueletos de las viejas vestimentas de los árboles. Las ardillas saltan desesperadamente de rama en rama con el hocico lleno de comida, buscando un lugar en el que puedan sobrevivir durante el invierno; de vez en cuando, los saltos de los roedores producen una lluvia de hojas que dan la sensación de estar en medio de un arco iris. Los niños se sepultan entre la naturaleza muerta, las señoras barren sus patios con largos rastrillos, hacen un montoncito y las echan a una gran bolsa negra, otras personas las juntan para lanzarse en picada sobre ellas y después incinerarlas.

A los treinta días, ni uno más ni uno menos, el que llegó debe irse. *“You will be fine in your new home, they are very nice you will see”*. La expectativa aumenta, la ropa regresa a su sarcófago y la mirada no se desvía de las ventanas de la casa. Un auto negro se detiene frente a la puerta principal. Desde que el motor se apaga hasta que suena el timbre de la puerta transcurren muchos segundos. Una mujer delgada y de mirada inexpresiva entra al lugar alabando un cuadro que advirtió sobre la pared del fondo. *“So, you are Fredy, ok let’s go, we will talk in the car.”* Con el carro en marcha, la mujer menciona lo halagada que es su casa, los fotógrafos y revistas que la han visitado y lo antigua y emblemática que es. *“So, welcome! This will be your new home until December, this is our*

dog, his name is Fabio, my daughter and my husband will be here soon". Fabio se acerca meneando su cola calva, tiene un largo copete que le cuelga de su frente, en la punta de sus patas también hay algo de pelo cenizo, pero su pequeño cuerpo se ve como si hubiese sido recién rasurado. *"Are you allergic to cats?" "No, I am not, why?" "Because we have two cats"*. Como si los hubiesen llamado aparece un gato amarillo muy gordo, su pelo es largo y tiene bastantes motas en su vientre; el otro gato es muy delgado, es blanco y tiene la cadera dislocada, cuando el felino camina su pata izquierda se mueve como la manecilla de un reloj.

La casa tiene habitaciones amplias, las ventanas son pequeñas, todo es de color vino tinto, la mesa del comedor es larga y muy estrecha, sobre ésta yacen algunos candelabros plateados muy antiguos, hacia el fondo del lugar, en un muro, descansa una pintura muy oscura, la mínima luz deja ver a un cazador que lleva un pato colgando de su mano derecha, él está mirando hacia la izquierda en donde se encuentra su perro. En la sala hay un sillón como los que usan los siquiátras para atender a sus pacientes, está forrado con terciopelo escarlata es muy viejo y angosto, en una pizarra cerca de la chimenea, hay muchos relojes, tienen diferentes formas, ninguno funciona y cada uno murió a una hora diferente. Detrás de los relojes se tienden unos cuantos libros que están cubiertos por una fina capa de polvo, los muebles de la sala descansan sobre una gruesa alfombra vino tinto y oro que tiene manchas amarillas y cafés.

La hija entra apresurada, tan pronto advierte la presencia del nuevo residente sube las escaleras corriendo. Apenas si se escucha un *"Hiii"* que desaparece mientras se aleja. Por la puerta del garaje llega un sujeto alto, rubio, de cara alargada, lleva puesto un traje negro y un gran maletín cuelga de su hombro izquierdo, *"Hello and welcome"*, pasa de largo, sube las escaleras y se escucha cuando cierra la puerta de su habitación. *"Your bedroom is in the third floor"*. Cada paso es amortiguado por la vieja escalera de madera que trueno como si ese fuera el último paso que pudiera soportar. En el tercer piso la primera puerta de la derecha se abre, adentro, hay una cama muy ancha, sobre ella, un cubrelecho blanco, la cama está cerca de pequeñas ventanas por las que apenas se puede observar la caída del sol, sus cortinas están desgastadas, la única parte en la que les queda algo de color es donde las resguarda el marco de la ventana. En la habitación hay varias luces ubicadas en diferentes lugares, cada una es muy tenue e ilumina tan solo una parte del cuarto, cerca de la cabecera de la cama está la puerta del armario, cuando se entra en él da la sensación de estar atrapado, es tan frío como una nevera y tan pequeño como un ataúd, en su interior reposa una casa de muñecas de color indefinido, unas cajas de cartón roídas por el tiempo y muchas fotografías de un par de niñas montadas cada una sobre un caballo y sosteniendo un trofeo, hay una bombilla que cuelga del techo y se acciona por medio de una cadena, al abrir la puerta, el frío concentrado dentro se esparce por la habitación. *"Ooookkk... out side, over here, is your bath room, most of the time you will be here by your self, so do not worry no one will disturb you"*. En el baño hay una tina muy vieja, es como las que se usan en las escenas de suspenso en las que casi siempre

las víctimas son mujeres, la rodea una precaria cortina de plástico. El piso es de color hueso, está enlazado con diminutos hexágonos, el lavamanos es ancho y luce muy pesado. *“Ok... so welcome, if you need something let me know... ah, I almost forget it, please leave your door closed, we do not want that Fabio does his business in your bedroom, have a good night.”* La nueva anfitriona da media vuelta, y baja la escalera. De vuelta en la habitación se hace necesario encender tres de las cuatro luces para poder ver una parte del lugar. Una vez más hay que colgar la ropa arrugada, una cama diferente, otra casa, otra vez... volver a empezar.

Durante los fines de semana los dueños de casa desaparecen, van a jugar tenis al club, a visitar tiendas de antigüedades o a montar a caballo con el fin de prepararse para el próximo torneo. El nuevo inquilino pasa el tiempo dentro de su habitación, siempre que abre la puerta los gatos están allí esperándole, baja las escaleras con un cesta llena de ropa, se dirige hacia el oscuro sótano en el que hay telarañas, frío y el sonido constante de una escondida gota de agua.

En una de tantas noches, un poco después de las doce, un prolongado silbido interrumpe el sueño, las ventanas rechinan con los golpes que reciben del viento, afuera en medio de la neblina, los árboles se contonean de un lado a otro. Después de un par de horas, el viento continúa, pero esta vez, todo es del mismo color. La expectativa aumenta, al salir, el aire inhalado se aferra a las paredes de la garganta como si pequeñísimos vidrios se incrustaran; el gélido aire también se apodera de las piernas, una nueva bocanada de oxígeno termina en una fuerte tos, el aire es muy seco, las orejas duelen, la piel se contrae y se pone muy áspera. Las pisadas comprimen la nieve y su sonido es molesto. Los copos caen suavemente, las manos desnudas se acercan a la arena blanca, es suave, se adhiere a la piel y se derrite instantáneamente dejando la mano cubierta de agua y vulnerable al congelamiento. Afuera no hay diferencia alguna, todo está ahogado por el color blanco, casas, árboles, automóviles, calles, jardines, flores... todo, invisiblemente blanco. Cada pisada le arranca un pedacito de piel al piso, los pies quedan marcados formando una larga línea que evidencia que nadie más había caminado por allí, una línea que la nieve borra una y mil veces.

De vuelta en la casa, el ambiente no es diferente, hay desolación, todo está en silencio, a lo lejos, uno de los gatos maúlla sobre un sofá descolorido de color rojo, el lugar permanece semioscuro, hay unas cuantas revistas sobre el comedor, cartas e invitaciones. Lo único audible es el sonido continuo de la nevera, cada umbral tiene tras de sí oscuridad. Cada día las puertas de la edificación se abren para salir muy temprano y regresar muy tarde. Una que otra noche, los dueños de casa se reúnen en un comedor que hay en la cocina, ojean sus revistas de moda, las invitaciones a clubes, mastican diminutos pedazos de zanahorias, se sirven una Coca Cola con hielo y mantienen una conversación, cada uno siguiendo su propio interés y sin prestar la más mínima atención a lo que el otro dice. En medio de esa escena el visitante clava sus ojos en el plato lleno de brócoli, pasta y

pollo, escucha a todos y a ninguno, espera el momento preciso para bostezar y decir: “*good night.*” Ninguno despega su cara de su respectiva revista, contestan sin contestar, mientras que se sube y la escalera rechina; abajo, se van perdiendo los sonidos de las voces mudas que sostienen tres conversaciones completamente diferentes. Se cierra la puerta de la habitación, se abre la puerta del closet, el frío que se escapa inunda el cuarto y se clava dentro de los huesos, el viejo reloj despertador marca a lo lejos en números rojos “21:30”, un día más... o un día menos. En la mañana, que es tan oscura como la noche, los gatos esperan en la puerta la salida del nuevo habitante, le maúllan, el perro lo mira sentado desde lejos con su cabeza recostada hacia la izquierda. En el baño, una esquelética línea de agua tibia sale por la boca de la ducha, el líquido recorre todo el cuerpo y desaparece por el oxidado sifón al fondo de la tina. El escaso vapor se pega al espejo. En la habitación, en el reloj, los números rojos dicen que ya casi es hora de nada, mientras el invitado camina, las escaleras rechinan y los animales persiguen. Afuera, la soledad y el gélido aire coexisten, el sujeto con inmensos guantes y pasos cortos intenta ubicarse en medio del mar blanco, una vez más el aire corta la piel, la cara duele, las piernas se adormecen y el poco calor corporal se escapa con cada exhalación, el caminar se ahoga entre la nieve, el sol se asoma opacamente entre las gruesas nubes.

Los días y las noches mueren. Cada vez que se está dentro de la casa se escuchan puertas que se abren y se cierran, se sabe que alguien llega o que alguien se va, pero no hay palabras que corten el silencio. En unos de tantos días, el timbre del teléfono se reproduce a lo largo de la habitación. “*Hi Fredy, I am you new host mom; well, if you want to call me mom, I am calling you because we will be your next family; you will stay with us until June and we would like to know if you want to move to our house this weekend, so, as soon as you hear this voice mail, please call me back, Bye.*” Se empieza a empacar en la tarde del viernes, despacio, se dobla cada camisa y cada pantalón, que las gafas no se rompan, que los guantes no pierdan su par, que las monedas para el bus estén en el bolsillo, se revuelca cada cajón sólo para estar seguro de que no se queda nada olvidado, la casa como de costumbre es habitada por el can y los felinos. “*Hi, this is Fredy, I am calling because I think I am ready.*” “*You mean you want us to pick you up?*” “*Hmmm, yes, well, there isn't anyone at home, and I do not know how to get to your house.*” “*Ok, as soon as we finish our scrabble game we'll call you.*” “*Ok, thanks, seeyousoon.*” Un morral auestas, un par de maletas pesadas, una en cada mano, los únicos pobladores de la casa caminando detrás del extranjero con la misma curiosidad de hace un par de meses. La escalera se despide con su insoportable lamento, el timbre suena. “*Hey, I am your new host dad, are you ready? Do you need some help?*” “*Hi, nice to meet you, and, yes, well, could you help me with this bag, please?*” “*Of course, is someone at home?*” “*No there isn't anyone, I think I'll leave the key here, anyway, they knew I was leaving today.*” “*Ok, so let's go, your new family is waiting for you.*” El sujeto habla sin la menor presión, concluye cada enunciado con una sonrisa, su cabello es rubio, ondulado y un poco escaso, por entre su gruesa chaqueta se alcanza a percibir la redondez de su barriga, lleva puesto un pequeño arete con una piedra roja en su oreja izquierda. “*I am a reporter, I work for a Minneapolis*

newspaper, now, I am writing a book, it is about a sailor in 1926, it is a kind of biography, it is my first book". "Really, so, you are a writer".

Pareciese que el tiempo se aferrara a las maletas, su peso ha aumentado. La nueva casa es de un color verde oscuro, tiene la típica forma triangular, un montón de helechos muertos y cubiertos de hielo ocupan parte de la entrada. Colgando de la puerta, a manera de adorno, hay un duende muy delgado, es de hierro macizo, tiene los brazos fijos a la silueta de su cuerpo, el cabello termina en puntas y yace de cabeza. Adentro, hay un viejo perro con ojos tristes que husmea entre los zapatos del recién llegado. *"Hi, welcome I am your new host mom, you already know our son and this is my daughter, she has just arrived for my birthday, I did not know she was coming, she gave me a wonderful surprise."* *"Thanks, nice to meet you."* *"Well, this way, upstairs is your bedroom... if you need something just let us know."* *"Ohhh, thanks."* La nueva anfitriona es una mujer alta y robusta, piel blanca, su cabello castaño muestra algunos hilos blancos y es corto, apenas si llega a rozar sus hombros, no para de sonreír y por cada tres palabras escuchadas exhala una pequeña carcajada que detiene inesperadamente. El menor de la familia, permanece sentado, aparenta más edad de la que en realidad tiene, su cara luce gastada, sus pies son muy largos, y su caminar es pesimista, es el más alto de la casa, tiene el cabello de su padre y el carácter de su madre. La hija es una copia fiel de la apariencia de su progenitora, la única diferencia resaltable es que su cabello es negro, el tono de su voz es fuerte, camina con las manos en los bolsillos y en su voz tiene las respuestas a las preguntas de su hermano menor. Arriba, el ritual de ganchos y ropa empieza una vez más, las cremalleras de las maletas se abren, la costumbre apaga el entusiasmo de llegar a otro lugar, los movimientos son pausados, casi sistemáticos, un sillón desvencijado descansa en una esquina de la habitación, un par de telas azules con peces dibujados hacen las veces de cortinas, la cama es pequeña y cada movimiento medianamente fuerte la desliza sobre el piso como un pie sobre una cáscara de plátano. En medio de la habitación hay un tapete amarillo con forma de pato, del techo cuelga una lámpara y un ventilador de madera.

En el primer piso las voces resuenan, ríen y celebran llegada del nuevo huésped y el arribo sorpresivo de la hija. En el comedor, el hijo menor estudia con un compañero para un examen de biología. En la cocina, los anfitriones destapan una botella de vino, se sirven varias copas, se espera la visita de viejos amigos, se consulta cautelosamente el libro de recetas para que no se escape ningún ingrediente, *"we have some guests to night, it will be great, you will meet them and they will meet you."* A las seis de la tarde la cabeza del duende repiquetea la puerta, la comida está servida y el vino en la nevera, los invitados no dejan de mirar aquella cara desconocida. Las presentaciones no se hacen esperar, no faltan los enunciados producidos en un español incomprensible, los recuerdos de viejos amigos inmigrantes o las anécdotas en las que intervienen extranjeros. La reunión se mueve en un ambiente de cortesía, halagos y camaradería. Después de la cena los anfitriones invitan a pasar a la sala para degustar un sabroso helado de vainilla y fresa, todos aceptan, excepto la señora de falda larga y gruesos lentes que se culpa por haber

consumido unas cuantas calorías de más. La cena concluye entre abrazos, consejos y agradecimientos. *“This Sunday we will go to a restaurant, you know, we are Jewish, so, we are celebrating Hanukah* with my mom, you are more than welcome”*. *“Thank you very much, it will be great”*.

Los días subsecuentes se diluyen entre el trabajo en la escuela, partidos de fútbol y pequeñas invitaciones a cenar a la casa de un viejo amigo o a cualquier restaurante a comer una hamburguesa. Llega el esperado domingo, *“Fredy are you ready?” “Yes I am”*. *“Hmmm I don’t know, I think you want to wear something nicer”*. *“Ohhh, ok.”* El restaurante es inmenso, se extiende a lo largo y ancho de un gran salón, está atiborrado de mesas y los camareros caminan con la mano derecha en la espalda y cuidando de no golpear a nadie con sus traseros, visten con camisa blanca, corbatín negro y pantalón del mismo color del corbatín. Hay muchas lámparas, no existe el más minúsculo cristal que permita dar un vistazo a la calle y los muros están enchapados con madera caoba, hay algunos espejos colgados y flores sobre las mesas. Sentados, se encuentran la abuela que no muestra mayor interés en saber quien es el acompañante de la familia, un sujeto alto con escaso cabello que cada cinco segundos voltea a ver un pequeño de no más de diez años de edad que no deja de mover su cabeza como si estuviese en medio de un tornado invisible y otro muchacho que no para de mirar al cauteloso extraño.

Cada persona ocupa su lugar, las flores estorban la mirada de los que desean hablar de extremo a extremo de la mesa, el ruido apaga las voces. La abuela saca de su bolso unos cuantos sobres, lee el nombre de su destinatario y los reparte con indiferencia, cada persona que lo recibe agradece mientras que lo abre por debajo de la mesa. Con el pulgar esculcan minuciosamente, algunas sonrisas se marcan y otros ojos hurgan en el sobre ajeno, finalmente vuelven a cerrar el pequeño tesoro y rematan con una anécdota para desembocar con una gruesa carcajada que retumba en los muros de madera. En la cena intervienen recuerdos familiares, tazas de café y atenciones hacia el pequeño mareado. La despedida es corta y opaca, la abuela agradece a su familia por tan grato almuerzo, sube a un carro azul oscuro y se pierde entre la blancura de una mañana fría.

“Fredy, we have a Hanukah present for you.” “Really?” “Yes, here it is, I hope you like it, it is a ticket to go to see a professional hockey game next weekend.” “Thank you very much, I am sure I will enjoy it.” El boleto se queda secretamente guardado dentro de un cajón, no hay la más mínima tensión, el ambiente es claro y apacible. Después del suculento almuerzo es hora de sentarse junto a los anfitriones a ver cualquier cosa en la televisión: el quinceañero opta por un partido de fútbol, el señor se recarga en su tranquilidad, cruza los dedos de sus manos y los pone tras su nuca; la señora toma sus lentes y un par de agujas de tejer mientras que habla acerca de una receta que encontró en un periódico. Todos en la sala se dejan consumir por los emocionantes malabares de los jugadores y los comentarios del joven fan hacia sus ídolos.

Días después la hija regresa a la ciudad de la que vino para continuar con sus estudios. Los dueños de casa planean el destino para sus vacaciones de fin de año. El muchacho se ocupa de estudiar y sacar buenas notas. El perro de ojos tristes mira desde la comodidad del sofá el pasar del tiempo. *"We do not celebrate Christmas, so, we are spending our vacations in Argentina, our son has a soccer tournament there, you will be at home by yourself, we will be out for 15 days, so you have to care of our dog, she is our princess, take her for a walk three times a day, leave our mail on the dining table, shovel all the entrances of the house..."* El día del viaje, cada uno sale* con su equipaje. El joven arrastra una pequeña maleta que pareciera que llevara una tonelada de piedras dentro, no muestra mayor emoción y simplemente entra en el taxi a esperar a los demás. La señora deja una lista de recomendaciones, números telefónicos y nombres de personas sobre la mesa. Los relojes avanzan despacio, los días se cobijan con la nieve, el silencio muere de vez en cuando a causa del rechinar del piso de madera. La casa lleva la soledad auestas, el único morador, ocasionalmente, sale de la habitación, baja las escaleras, enciende el televisor y mira el pasar de los minutos. Por la ventana se ve a un par de ardillas intentando apoderarse de las migajas de comida que hay en una casa para pájaros que fue abandonada hace mucho. Las colas de los roedores se balancean en la desvencijada construcción, un par de conejos saltan de un lado a otro y huelen sin cesar la albina nieve, el sol brilla, pero contradictoriamente la temperatura exterior es muy baja.

Días después los dueños de casa regresan cansados y felices por haber ido tan lejos y estar de regreso sanos y salvos. El muchacho, emocionado, habla de la medalla que ganó, los señores relatan su aventura cuando practicaron kayak y la travesía que pasaron viajando a lomo de mula por una montaña. *"Tonight we are having dinner at my best friend's house, he wants to know what we did in Argentina, so be ready."* *"Ok, I will, thanks a lot."* La cena es a las seis de la tarde, los anfitriones esperan a los invitados en la puerta, dan la bienvenida y presentan al nuevo conocido, en la sala comparten un trago y unos cuantos recuerdos de la infancia. La casa se levanta sobre una colina, es inmensa, los muebles forman una U frente a la chimenea y un gran ventanal apunta hacia el centro de la ciudad. Cómodamente sentados, se cuentan las anécdotas del viaje sudamericano, los partidos de fútbol y los consejos de lugares a los que es seguro ir. El muchacho saca su computador y muestra las fotos de las jugadas en la que es protagonista, sus atrapadas y su manoteo ordenándole al equipo la manera de ubicarse en el campo. Sus padres con una copa de vino entre sus dedos sonríen orgullosamente, profieren halagos que los anfitriones de la cena ratifican mostrando su interés, haciendo muchas preguntas acerca del oficio de un arquero de fútbol. Tras treinta minutos de fotos, el padre del muchacho cree que sería una buena idea mostrar imágenes del lugar visitado, el joven acepta arrugando su nariz. Los espectadores se maravillan por la belleza de los glaciares, la vista del paisaje desde la ventana del hotel, el recorrido en kayak y la cantidad de policías que los seguían a todas partes.

* Celebración Judía que empieza el 25 de diciembre y termina el 1 de enero. Hanukah significa Dedicatoria. Esta festividad conmemora la reconstrucción del sagrado templo de Jerusalén después de la victoria Judía contra los Griegos.

En casa, cada noche, cada cena, cada bocado de comida se sirve acompañado de un vaso de agua y una conversación acerca de una nueva historia periodística por escribir. El perro deambula de extremo a extremo de la mesa saltando y respirando agitadamente, sus largas uñas retumban contra el piso como si mil granitos de maíz se arrojara sobre un vidrio. La señora presta atención a su esposo y de vez en cuando lanza una pregunta sin dejar de masticar su comida, el muchacho golpea el plato con sus cubiertos y revuelca la comida afirmando que eso es lo peor que alguna vez probó. Después de la cena cuando todos se disponen a ocupar un lugar frente al televisor, el extranjero se ausenta escaleras arriba, una lámpara ubicada sobre una diminuta mesa de noche ilumina una parte de la habitación, el sonido de la madera aprisionada atestigua su presencia. Abajo, las carcajadas acallan al televisor, el muchacho alterna su mirada entre la pantalla de su computador y la del aparato, su madre lo inunda con consejos acerca de cómo debe comportarse, el dueño de casa relaciona cada escena televisiva con alguna historia ya leída o con algún acontecimiento sucedido en la antigua universidad a la que asistió en su juventud.

En las mañanas el tono de la voz es un poco más fuerte, *“are you up? Wake up now, you are late for school!” “Shut up mom, stop talking”*. Dentro de la habitación prestada, los movimientos son silenciosos como si se temiera perturbar la frágil y tensa tranquilidad de los interlocutores. Rato después, cada personaje está disperso por la cocina, cada uno clava sus ojos en diferentes secciones del periódico, al fondo de la aparente calma se oye el sonido de una gota de agua que cae dentro del sifón del lavaplatos. *“Did you do your homework?” “Leave me aalooone.” “Did you clean up your bedroom?” “I don’t know.” “Then, who knows?” “Shut up mom, I am trying to read!”* El momento se presta para escapar hacia la entrada principal de la casa, el invitado, se queda de pies frente a una ventana, mira detenidamente un pájaro negro cuyas alas están pintadas con fuego. Un conejo deambula por el jardín. En la cocina, el menor de la casa aumenta el volumen de su voz, su madre reitera las preguntas, las voces se entremezclan y de repente el único sonido escuchado es el producido por la gota de agua.

A través del cristal, los ojos vagan de casa en casa, la mente piensa en el día por cruzar, las manos buscan algo para tocar, se juega con las monedas entre los bolsillos, se barajan las cartas que hay sobre una mesa, los pies evitan tropezarse con la mirada de los momentáneos lectores. En el jardín unas diminutas puntas verdes se asoman por entre la tierra, los árboles empiezan a vestirse de verde, la palidez de la calle empieza a derretirse y las personas se asoman a sus andenes cobijados con menos capas de ropa. Adentro, la conversación no sale de su tono, el reloj marca cada minuto con la paciencia de un jugador de ajedrez, *“It is fifteen to eight, it is time to leave, HAVE A NICE DAY!”*

Al atardecer, los pasos se dirigen sin prisa alguna por las húmedas calles hacia el eterno retorno, hacia el mismo lugar en el que se debe compartir una mesa, un pedazo de carne y un trago de agua. Llegando a la esquina se toma aire y se saluda con la efusividad del que siente el regocijo de ver a un gran amigo. Por enésima vez, en la mesa, la lluvia de consejos,

halagos y recomendaciones de la progenitora hacia su hijo caen como los copos de nieve en invierno. *“Mom we must speak about how you are talking to my coach”. “What? You were screaming at her because of your shoulder and she was doing anything”. “Yes mom, but you shouldn’t said to her that I would leave the team, I like the team and I will keep practicing”. “Nooo, you won’t, I won’t let you go there anymore”. “Yess, mom I will”. “Nooo.” “Shut up mom”. “No, I won’t shut up you won’t have the last word”.* Repentinamente los halagos y atenciones se convierten en una lucha de gritos que se entrecruzan para pisotear la palabra del otro, ella intentando “proteger” a su hijo, él queriendo que su preocupada madre lo deje respirar un poco. Tan pronto como termina la cena, el compromiso por estar con la familia expira. El silencioso sujeto recoge sus platos, ayuda a limpiar la mesa y desaparece por entre el claroscuro de las escaleras. En las mañanas, después de leer los porcentajes de accidentes a causa del alcohol, los marcadores de partidos de fútbol o las noticias del periódico afín, empieza el trayecto hacia la escuela, al subir se cierran tres puertas del automotor pero se escuchan solamente dos voces, *“I like that song”. “What are you talking about? Dad, that’s terrible, that’s the worst song ever”. “Wait, don’t do that, don’t change my radio station, stop, stop, you are distracting me”. “I don’t like thatsh... it’s so bad...”* la comunicación se limita a unas cuantas luchas de manos y a un vocabulario repetitivo, el trayecto toma quince eternos minutos, *“get out, goto school, goto study.”*

La temperatura del ambiente aumenta, ya no hay más días fríos, las ardillas, conejos y pájaros dejan de invernarse, los árboles se visten con diferentes tonos de verde y flores blancas que expelen un aroma que perfuma la ciudad. Entre semana, el tiempo avanza aceleradamente, pero, en contraste, sábados y domingos se derriten dentro de una habitación, arropado con una cobija azul y deseando que el reloj empiece su cuenta regresiva. Los habitantes de la casa permanecen todo el fin de semana observando a su hijo atrapar un balón, salen temprano y regresan tarde en la noche después de una ruta trazada entre campos de fútbol. El invitado se sacude la pereza, en las mañanas baja las escaleras a buscar una barra de cereal o algo que ayude a distraer el hambre y de paso silbar cualquier canción acabada de inventar mientras se carga una cesta llena de ropa sucia. En las tardes las opciones son: ver una película o salir a dar una caminata por las monótonas calles del barrio. En el exterior, la gente inunda las vías, las cafeterías asoman unas cuantas mesas sobre los andenes, los perros olfatean los árboles, los automóviles avanzan muy despacio, los motores de las motocicletas sacuden los oídos y la luz del sol toma su tiempo en apagarse.

La tarde cae lentamente, a lo lejos, se divisa un gran punto naranja, se ve tan grande que pareciera que fuera posible tocarlo con las yemas de los dedos. El caudaloso río que dio la bienvenida meses antes avanza galopando entre su sendero. Ya entrada la noche la ciudad despierta, hay una banda de Blues en uno de los parques de la ciudad, en otra calle un grupo de Samba que hace que las rubias e inexpertas bailarinas se muevan sin coordinación alguna. Los niños compran helados y sus padres toman cerveza. Las bandas dedican cada tonada a un viejo músico o a cualquier amigo recién fallecido. Toda la multitud

celebra el segundo día de verano. De vuelta en casa, las luces se apagan un poco antes de media noche, durante la penumbra las ventanas permanecen abiertas, sobre la cama, se observa el techo cubierto de oscuridad, el ventilador gira suavemente, el reloj palpita, lentamente la noche se deshace, se parpadea perezosamente, se saborea cada segundo que desaparece. Después de unos cuantos pensamientos el sol se asoma por entre las montañas, los ojos permanecen fijos en el mismo punto, los brazos tras la nuca y las piernas estiradas... lo mejor será levantarse, el vuelo sale a las diez.

THE AUTHOR

FREDY SALAMANCA is a teacher at the languages school at UPTC, Tunja. He holds a B.A. in Modern Languages (Spanish - English) and currently is a M.A. Language Teaching candidate. He belonged to two research groups in the UPTC and has published some essays and memories in Journals and newspapers.